

Estudio sobre el libro del profeta Hageo

Autor: H. Rossier

Las circunstancias que hicieron necesaria la profecía de Hageo nos trasladan a los últimos acontecimientos del Antiguo Testamento. Cuando la ruina moral de Israel colmó la paciencia divina, Dios declaró a este pueblo: “Lo-ammi”, que quiere decir, vosotros no sois mi pueblo (Oseas 1:9). En el año 721 a. C. las diez tribus fueron llevadas cautivas, y más tarde, a partir de 606 a. C., también lo fueron Judá y Benjamín. El enemigo derribó y destruyó Jerusalén y el templo, ya privado de la gloria de Dios. Desde entonces, a los ojos de los hombres, no hubo más casa de Dios sobre la tierra.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción	3
El cuadro histórico.....	3
El cuadro profético	4
Primera revelación	8
El desánimo ocasionado por el egoísmo y la mundanalidad	8
Segunda revelación	11
La recompensa de Dios a la fidelidad.....	11
Tercera revelación.....	14
El llamado de Dios a la santidad y a la justicia práctica	14
Cuarta revelación	17
El estímulo de Dios con la promesa de establecer las cosas inconvencibles ...	17

Introducción

El cuadro histórico

Las circunstancias que hicieron necesaria la profecía de Hageo nos trasladan a los últimos acontecimientos del Antiguo Testamento. Cuando la ruina moral de Israel colmó la paciencia divina, Dios declaró a este pueblo: “Lo-ammi”, que quiere decir, vosotros no sois mi pueblo (Oseas 1:9). En el año 721 a. C. las diez tribus fueron llevadas cautivas, y más tarde, a partir de 606 a. C., también lo fueron Judá y Benjamín. El enemigo derribó y destruyó Jerusalén y el templo, ya privado de la gloria de Dios. Desde entonces, **a los ojos de los hombres**, no hubo más casa de Dios sobre la tierra.

Cuando se cumplieron los setenta años de cautividad anunciados por los profetas (Jeremías 25:11-12; Daniel 9:2), Ciro fue suscitado para restaurar el pueblo. Al llamado del rey en el año 536 a. C., un remanente de Judá y Benjamín, en total 49.697 hombres, subieron a Jerusalén bajo el mando de Zorobabel y Josué (llamado Jesúa en Esdras y Nehemías) **para reconstruir la casa de Dios** (Esdras 1:2-3).

En el séptimo mes reedificaron el **altar** sobre su base, es decir, sobre su emplazamiento primitivo (Esdras 3:2-3) y ofrecieron sus sacrificios, restableciendo así el **gran testimonio público de sus relaciones con Dios**.

“En el año segundo de su venida a la casa de Dios en Jerusalén” pusieron los **fundamentos** del templo con expresiones de gozo mezcladas con tristeza (Esdras 3:8, 10-13). Los enemigos de Judá se ofrecieron para participar en la obra del pueblo de Dios. Los jefes no aceptaron, pero el resto del pueblo se atemorizó y la obra fue abandonada (Esdras 4:1-4).

El cese de actividad duró dieciséis años. durante los seis primeros estuvo motivada solamente por el miedo, y en los otros diez restantes por la orden absoluta, dada por Asuero, de no trabajar. Esta prohibición debe ser considerada como el castigo de Dios sobre este remanente a causa de su falta de fe.

En el segundo año de Darío fueron suscitados los profetas Hageo y Zacarías (Esdras 4:24; 5:1). Su exhortación produjo su efecto. Desde entonces todo cambió; el pueblo no se preocupó más por los reyes, por los hombres ni por su oposición. El trabajo se reinició y al cabo de cuatro años el gran edificio estaba en pie.

Durante todo este tiempo prosperaron, pero no por la orden de Darío, sino “conforme a la profecía del profeta Hageo y de Zacarías” (Esdras 6:14). Y terminaron su obra “por orden del Dios de Israel”, del cual emanan las decisiones de los soberanos que los gobiernan.

En el año 515 a. C. (Esdras 6:15), terminada la casa, el pueblo celebró alegremente la pascua y la fiesta de los panes sin levadura (Esdras 6:19-22).

Aquí termina la primera parte del libro de Esdras, que está en relación con la profecía de Hageo. Esta comprende tres grandes hechos:

1. La construcción del altar.
2. La colocación de los fundamentos y, después de un paréntesis de dieciséis años, el despertar del pueblo.
3. La edificación y finalización de la casa.

El cuadro profético

Esta parte de la historia de Israel también tiene mucha importancia para nosotros. “Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos” (1 Corintios 10:11). Hay una correlación entre su historia y la nuestra. Las circunstancias del pueblo terrenal pueden ser comparadas con las del pueblo celestial, con la diferencia de que lo que le sucedió materialmente a Israel tiene para nosotros, como cristianos, una equivalencia espiritual.

Esto no es evidente en el caso de la Iglesia, pues es, como Israel, una institución divina que ha sido establecida en la tierra, pero es responsable ante Dios. Como Israel, la Iglesia ha fallado y caído en la ruina más completa, pues el hombre ha introducido elementos corrompidos y corruptores. ¿Dónde se encontraba Israel en los tiempos de Hageo? ¿Dónde encontrar ahora a la Iglesia de Dios? Indudablemente **a los ojos de Dios** continúa existiendo en su unidad, y la fe así la ve. Sin duda, su Arquitecto y Esposo (Jesús) se la presentará gloriosa al fin; pero dejada a la responsabilidad del hombre, a los ojos del mundo no es otra cosa que un miserable montón de ruinas.

Habiéndose consumado la ruina, Dios ahora llama, como en los días de Esdras, a un débil remanente para que reconstruya su casa. Para un judío, la casa de Dios era el templo material donde Dios en gracia hacía habitar su nombre. Para un cristiano es un templo espiritual compuesto por piedras vivas, destinado a ser una

Morada de Dios en el Espíritu



(Efesios 2:22).

Observemos que para el remanente de Israel no se trata de reconstruir una **segunda** casa, así como para el remanente cristiano tampoco se trata de reedificar una nueva Iglesia. Muchos se han equivocado y han intentado reconstruir una nueva casa, ignorando los pensamientos de Dios y confiando en su propia carne. Se les oye hablar de «su Iglesia», como si hubiesen reedificado alguna cosa según Dios. Su trabajo solo es una nueva ruina añadida a las antiguas. El Espíritu Santo nos pone en guardia contra tal locura. A los ojos de Dios, la Iglesia, al igual que el templo de Israel, ha sido y sigue siendo **una**, y nunca habrá otra. De ahí que en cuanto al templo encontremos expresiones tales como: “**Comenzaron a reedificar** la casa de Dios **que estaba** en Jerusalén” (Esdras 5:2). Aunque destruida, siempre permanecía allí. “Y **reedificamos** la casa que ya muchos años antes **había sido edificada**” (Esdras 5:11). La casa nueva es la misma que la antigua. El rey de Babilonia “**destruyó esta casa...** pero... el mismo rey Ciro dio orden para que esta casa de Dios **fuese reedificada**” (Esdras 5:12-13). La casa reedificada es la misma que la casa destruida, y aun en Hageo se dice, hablando de un tiempo futuro: “Y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos”, y “la gloria **postrera** de esta casa será mayor que la **primera**” (Hageo 2:7, 9). El profeta no dice: «La gloria de esta última casa», pues si bien la gloria es diferente, la casa es siempre **la misma** ante los ojos de Dios. De hecho, en el pasado hubo muchos templos: el de Salomón, el de Zorobabel, el de Herodes; en el futuro habrá el del Anticristo, y al final el templo milenario de Cristo, descrito por Ezequiel (Ezequiel 43-47). Pero para Dios no cuentan cinco, sino uno. Para nosotros, reconstruir la casa de Dios no es, pues, construir una nueva casa, sino sacar a la luz la antigua, es decir, sus fundamentos morales y doctrinales, en un tiempo de ruina, tal como él lo estableció en un principio. Tanto hoy como entonces, es el trabajo de todos los que Dios ha despertado para restaurar la verdad de la Iglesia en medio de la corrupción actual. Ellos han de dar un testimonio práctico de lo que debe ser. Una restauración así no se puede conseguir si no va acompañada de un profundo sentimiento de tristeza y humillación. Para los “dos o tres” de Israel que reconstruyeron la casa, junto con el gozo que tuvieron al ver los fundamentos nuevamente establecidos, estaban los lloros amargos, al comparar la pobreza actual de este trabajo con la riqueza y la plenitud de la primera institución (Esdras 3:11-13).

Quienes ignoran qué es la Iglesia se imaginan que esta obra de restauración tuvo lugar en la época de la Reforma protestante (siglo 16), y que su manifestación fue lo que se llama la Iglesia protestante. Pero no hay nada más falso que esta opinión, pues lo que caracterizó la Reforma fue la

Palabra de Dios que rompía los lazos mediante los cuales Satanás había buscado encadenarla. Esa Palabra sacó a la luz las grandes verdades sobre la salvación individual, mientras que, estableciendo multitud de iglesias, la Reforma ignoraba, o más bien negaba, la verdad de la Iglesia del Dios vivo.

El primer testimonio del remanente de Israel fue, como lo vimos en el libro de Esdras, la reunión alrededor del **altar** reedificado. En nuestros días ha sido lo mismo. La mesa del Señor ha reunido a algunos testigos que Dios ha suscitado para “reconstruir” su casa. Reunir a los cristianos alrededor de la Cena aparentemente no es nada, pero en realidad lo es todo. En torno a la mesa del Señor, sus redimidos proclaman que poseen una relación viva con Dios, basada en la redención. Esta mesa reúne a todos los que tienen parte en la salvación y los separa para constituirlos en una unidad cuyo signo visible es la mesa del Señor (1 Corintios 10:16-17). Su carácter excluye de una forma absoluta al mundo.

Hoy en día no es necesario hacer la restauración del altar, pues esta ya tuvo lugar en el siglo 19, en el tiempo llamado «El despertar», cuando unos creyentes, despertados en su conciencia y afectos hacia el Señor, escudriñaron las Escrituras para volver a encontrar muchas verdades concierne al lugar y la forma de congregarse; solo en el nombre del Señor (Mateo 18:20).

La mesa del Señor está establecida; nadie puede poner otra. En torno a ella, un pequeño remanente de creyentes proclama la unidad del cuerpo de Cristo. ¡Qué importa su número si el altar está reedificado! La mesa del Señor no se encuentra, como muchos así lo creen, en todas las sectas de la cristiandad, las cuales sin duda conservan el memorial de la muerte de Cristo, pero ignoran completamente que el carácter de ese memorial es separar del mundo a los hijos de Dios y ser una señal visible de la unidad del cuerpo de Cristo. Frente al enemigo, la seguridad del pobre remanente de la cautividad consistía en que habían colocado

“ El altar sobre su base, porque tenían miedo de los pueblos de las tierras
(Esdras 3:3).

La unión de los hijos de Dios en torno al signo visible de la unidad de la Iglesia no conviene a Satanás, pues mientras mantengan esta unidad, su poder sobre ellos se reduce a la nada. Por esta razón quiere destruirla dispersando al rebaño, y en muchas ocasiones lo ha logrado.

Los beneficios de la reunión de los creyentes alrededor de la mesa del Señor no tardan en llegar. Necesariamente nuevas luces acompañan la obediencia a la Palabra de Dios, y las almas vuelven a la enseñanza apostólica y a Cristo, único fundamento sobre el cual la Asamblea puede ser construida.

Después de haber reconocido a Cristo como el único centro de nuestra reunión, se deben añadir piedras vivas al edificio, pero las dificultades no tardan en surgir. Lo que le sucedió al pobre remanente judío es una prueba de ello. “Edificaremos con vosotros”, dijeron los enemigos de Judá y Benjamín. Si estos últimos lo hubieran consentido, habrían negado esta unidad del pueblo de Dios que acababa de ponerse nuevamente a la luz por medio del altar y los fundamentos del templo. Sin embargo, Dios no permitió que este plan se llevara a cabo. La bendición que los fieles habían encontrado en su unidad como pueblo de Dios les hizo rechazar con indignación toda acción común con el mundo: “No nos conviene edificar con vosotros casa a nuestro Dios, sino que **nosotros solos** la edificaremos a Jehová Dios de Israel” (Esdras 4:3).

La **artimaña** del enemigo fracasó, pero este no abandonó la partida, sino que lo atemorizó y suscitó la oposición y las persecuciones contra los fieles. Toda clase de razones hicieron que sus manos se debilitasen. Israel terminó perdiendo el interés por la construcción y abandonó la obra comenzada. ¡Cuántas deserciones hemos visto producirse entre nosotros en nuestros días!

En ese momento Hageo intervino para mostrar al remanente las causas que, después de los comienzos marcados por la fuerza y el gozo, habían puesto trabas a la obra que Dios les había confiado. ¡Que podamos encontrar en esta profecía de Hageo las exhortaciones y el ánimo que tanto necesitamos hoy en día!

Primera revelación

El desánimo ocasionado por el egoísmo y la mundanalidad

Este era el razonamiento del pueblo en el momento en que Hageo fue enviado: “No ha llegado aún el tiempo, el tiempo de que la casa de Jehová sea reedificada” (v. 2). ¿De qué sirve este trabajo que no conduce a nada? Muy a menudo escuchamos estas palabras entre los cristianos, incluso entre los que tras haberse puesto manos a la obra, estiman que sus esfuerzos fueron en vano. Esto tiene un nombre: **«desánimo»**, cuya causa es el miedo y nuestra incapacidad para resistir a los obstáculos que el enemigo nos pone. Preguntémonos si este desánimo no es una ofensa al poder y a la fidelidad de nuestro Dios.

Pero el profeta nos muestra que, en el fondo, ese desánimo solo era un pretexto. Detrás de él se escondían el **egoísmo** y la **mundanalidad**, cuya gravedad el remanente desconocía o apenas sospechaba. “¿Es para vosotros tiempo, para vosotros, de habitar en vuestras **casas artesonadas**, y esta casa está desierta?” (v. 4). El pueblo de Dios apreciaba más sus propios asuntos que los de la casa de Dios. Se entregaba a la comodidad, invadido por el lujo, artesonando sus casas. Los intereses del templo eran puestos en el último lugar.

Apenas hemos comenzado la obra del Señor cuando, siguiendo nuestra tendencia natural, volvemos a nuestras casas y solo pensamos en hallar un lugar de descanso para nosotros y los nuestros. Habíamos empezado por seguir a Aquel que no tenía ni un lugar en donde recostar su cabeza (Mateo 8:20), mas ahora lo tratamos como extranjero y apenas le damos un lugar entre los que él ha salvado y de los cuales ha hecho su casa. ¡Ah, ciertamente el celo de la casa de Dios no nos ha consumido como al Señor Jesús! ¿Acaso amamos las comodidades de nuestras casas artesonadas, rebajando así nuestra ciudadanía celestial al nivel de los “moradores de la tierra”?

Fijémonos en la exhortación: **“Meditad bien sobre vuestros caminos”** (v. 5), que aparece cinco veces en esta corta profecía. Detengámonos para meditar en nuestros caminos y consideremos su consecuencia: **la disciplina** del Señor ejercida sobre nosotros a causa de nuestra mundanalidad y egoísmo. “Sembráis mucho, y recogéis poco; coméis, y no os saciáis; bebéis, y no quedáis satisfechos; os vestís, y no os calentáis; y el que trabaja a jornal recibe su jornal en saco roto” (v. 6).

Hermanos, acordémonos de las palabras, de las predicaciones, las verdades ampliamente difundidas a través de libros, folletos, cuando Dios nos concedió la gracia de volver a reunirnos alrededor de la mesa del Señor. ¡Cómo se multiplicaba la semilla en nuestras manos en aquel enton-

ces! El tiempo de la siega ha llegado, ¿dónde se encuentran las granjas doblegadas bajo el peso de la cosecha? ¡“Recogéis poco”! ¿Es por culpa de la semilla? ¡No, somos nosotros los que hemos fallado!

Pero la disciplina de Dios no alcanza solamente a nuestra obra, también nos azota personalmente. “Bebéis, y no quedáis satisfechos”. Puede ser que nos ocupemos mucho de la Palabra de Dios. ¿Cuántas preguntas interesantes aclaradas, dificultades resueltas, doctrinas establecidas y aprendidas? ¿No hay acaso más que suficiente en eso para que podamos refrescar nuestras almas? No, el corazón permanece seco y continuamos bebiendo sin saciar nuestra sed. Y además, teniendo con que vestirnos, “no os calentáis”, sino que permanecemos fríos. En una palabra, el fruto de nuestro trabajo atesorado para nosotros mismos se desliza por los agujeros del saco, de modo que no queda nada.

“Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Meditad sobre vuestros caminos. Subid al monte, y traed madera, y reedificad la casa; y pondré en ella mi voluntad, y seré glorificado, ha dicho Jehová. Buscáis mucho, y halláis poco... Por cuanto mi casa está desierta, y cada uno de vosotros corre a su propia casa” (v. 7-9).

Sí, meditemos por segunda vez en nuestros caminos. El verdadero trabajo según Dios es añadir materiales vivos a su casa (1 Corintios 3:9-17). Pero este no era el único objetivo que el remanente judío perseguía. Había tratado de reunir dos cosas irreconciliables: la obra de la casa de Dios y la satisfacción de sus propios intereses: “Cada uno de vosotros corre a su propia casa”. ¡Estas cosas no podían convivir! En tal asociación siempre es el lado de Dios el que sufre. Ellos habían traído “poco” a la casa de Dios. Pero él, que no quiere corazones divididos, lo había disipado “en un soplo”. Su poco trabajo se había reducido a la **nada**. Ese era el juicio de Dios sobre su actividad. Desde el momento en que empezaron a construir para sí mismos, no les confió más materiales.

Es de resaltar que el mundo, tan empeñado en poner obstáculos a su trabajo para Dios, no les había puesto la menor oposición cuando corrieron cada uno a su casa. Satanás es un enemigo que actúa con saña y perspicacia. Sabe perfectamente que la obra no puede prosperar si los corazones están divididos.

Pero, por la gracia de Dios (v. 12-15), los dirigentes escucharon y el pueblo tuvo temor y recibió el mensaje del enviado de Dios. El clamor: “Meditad sobre vuestros caminos” halló eco en la conciencia de Israel. ¡Que también pueda encontrarlo en la nuestra!

El resultado de este despertar no se hizo esperar. Dios mismo anima los primeros pasos de los que deciden seguir el camino de la obediencia: “Yo estoy con vosotros”, dice Jehová. ¡Nada más conmovedor y alentador: “Yo estoy con vosotros”! Los temores de muchos se desvanecieron. Sus almas se volvieron conscientes de que la integridad es apreciada por el Señor y que lo complace. Asimismo recibieron el testimonio de haber agradado a Dios. Como recompensa al celo de algunos, se produjo un **despertar** general. Ellos “vinieron y trabajaron en la casa de Jehová de los ejércitos, su Dios”.

Segunda revelación

La recompensa de Dios a la fidelidad

El libro de Hageo contiene cuatro revelaciones. Esta es la continuación del despertar producido por la primera. Dios animó a sus testigos en un tiempo de ruina otorgándoles los recursos que les faltaban y la esperanza gloriosa con la que quería llenar sus corazones. Estos versículos tienen un parecido asombroso con la segunda epístola a Timoteo. Como el remanente judío, Timoteo había estado a punto de perder el ánimo y dejarse intimidar por el mal que crecía a su alrededor. El apóstol lo exhortó a avivar “el don de Dios” que estaba en él. Era necesario que sus manos no fuesen lánguidas para la edificación de la casa de Dios, cualquiera que fuera el aspecto de esta última. “Porque no nos ha dado Dios espíritu de **cobardía**, sino de poder, de amor y de dominio propio”, añade el apóstol (2 Timoteo 1:7). Y más adelante dice:

“ Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús
(2 Timoteo 2:1).

Aquí sucede lo mismo: “Pues ahora, Zorobabel, **esfuérzate**, dice Jehová; esfuérzate también, Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote; y **cobrad ánimo**, pueblo todo de la tierra, dice Jehová, y trabajad... **no temáis**” (cap. 2:4-5). Para animar a su pueblo, Dios no trata de ocultar la ruina, ni aquí ni en la segunda epístola a Timoteo, sino que la constata en toda su realidad: “¿Quién ha quedado entre vosotros que haya visto esta casa en su gloria primera, y cómo la veis ahora? ¿No es ella como **nada** delante de vuestros ojos?” (cap. 2:3). En efecto, ¿qué podían pensar del estado actual de esta casa comparada con su primer estado? ¿Qué le quedaba a ese pobre remanente? ¿Dónde estaba el arca con las tablas de la ley, el propiciatorio y el trono de Dios entre los querubines? ¿Dónde estaban los Urim y los Tumim para consultar al Señor? ¿Qué había ocurrido con el reinado que unía al pueblo con Dios? Zorobabel, hijo de David, ni siquiera podía llevar el título de rey. ¿Qué había sucedido con el sacerdocio? Josué tenía vestiduras viles, en lugar de sus vestiduras de gloria y gala (Zacarías 3:3). ¿Dónde buscar la presencia de Dios entre su pueblo? ¿Dónde encontrar la gloria? El nombre de Icabod había sido pronunciado nuevamente.

¿Qué contraste tan humillante entre el estado de esa casa entonces y su primera gloria! Asimismo ¿qué contraste humillante entre el estado actual de la Iglesia y su aspecto cuando fue instituida! Entonces, ¿debemos desanimarnos? Al contrario, “trabajad” en esta obra, nos dice el Señor. A los que han considerado sus caminos bajo la disciplina del Señor y han sido despertados por su llamado, él repetirá estas consoladoras palabras: “Porque yo estoy con vosotros” (cap.

2:4). ¿No vino el Señor a tomar parte, en el bautismo de Juan, con el remanente despertado por la palabra del profeta? ¿No lo hizo también en el tiempo de Hageo? ¿No lo hará en nuestros días? Él se asocia a los dos o tres a quienes su Palabra ha despertado. Si nos falta la fuerza, él la posee completamente. Él tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas (Apocalipsis 1:4, 16, 20). “Vé con esta tu fuerza”, dijo a Gedeón en un tiempo de ruina (Jueces 6:14), de la misma manera que en un tiempo de prosperidad decía a Josué: “Esfuézate” (Josué 1:6-7, 9).

Sí, en él tenemos la fuerza para **trabajar en su casa** e introducir en ella a los que deben formar parte de la misma. ¡Cuántos cristianos ignoran esto completamente! ¿Sienten la necesidad de edificar la Asamblea sobre Cristo, único fundamento divino (1 Corintios 3:11), o piensan en adquirir prosélitos para sus diversas denominaciones? Cuando se les hace esta observación, evaden su responsabilidad pretendiendo que la única misión de los cristianos es la evangelización. ¡No quieren oír hablar de otra cosa! Por supuesto que la evangelización es una gran tarea, pero no es la única para el siervo de Dios. Preguntemos al apóstol Pablo, ese gran ministro del Evangelio, si estimaba este ministerio superior al de la edificación de la Asamblea o si, por el contrario, ambos tenían un mismo valor para él (Colosenses 1:23-25). Está claro que la evangelización no lo es todo, ni para el Señor ni para sus testigos. Él amó a la Iglesia y se dio a sí mismo por ella (Efesios 5:25). ¿Cómo podría serle indiferente? Dios es honrado por el trabajo que edifica su casa, su Iglesia aquí en la tierra, por débil que este sea. El que no tiene en cuenta esto desprecia lo que glorifica a Dios y se priva de las bendiciones que presentaremos a continuación.

La aprobación de Dios aporta nuevas bendiciones al remanente fiel. Son las mismas bendiciones que hallamos mencionadas en 2 Timoteo. “Según el pacto que hice con vosotros cuando salisteis de Egipto, así mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temáis” (v. 5). El conocimiento de la Palabra y el sentir la presencia del Espíritu Santo no pueden existir en donde su casa es despreciada, o donde se ha cesado de trabajar en ella.

Dios no se conformó con bendecir al pobre remanente despertado por su Palabra. Le presentó una **esperanza** cercana y gloriosa, igual que hoy en día. La esperanza actual de la venida del Señor ha recobrado vida entre los que reconocen la Asamblea de Cristo. “Porque así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos. La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos; y daré paz en este lugar, dice Jehová de los ejércitos” (v. 6-9).

La esperanza terrenal judía es reemplazada, para nosotros los cristianos, por la esperanza celestial. Cuando el Señor Jesús venga, llenará de gloria su casa (la Iglesia), a la edificación de la cual él nos había convidado. Por nuestra culpa esta casa hoy es despreciada, aunque él está con los suyos, y esto debe bastarles. Pero cuando en gloria él habite en la Iglesia, el gran amor que le ha profesado y que lo une a ella resplandecerá a la vista de todos por la eternidad. “He aquí **el tabernáculo de Dios** con los hombres” (Apocalipsis 21:3). ¡La última gloria de esta casa será ciertamente mayor que la primera! Entonces habremos dicho adiós para siempre al trabajo y a la lucha, pues en este lugar el Señor dará la paz.

¡Qué seguridad dan a nuestra fe todas estas promesas! ¡Qué recompensa a la fidelidad pone Dios ante nosotros! Meditemos, pues, sobre nuestros caminos, preguntémosnos de dónde viene la paralización de nuestro trabajo. Cesemos de preferir nuestros intereses a los de la casa de Dios; despertemos de este sueño que nos paraliza. Encontraremos con nosotros a Dios mismo, su Espíritu y su Palabra, y seremos animados por la venida del Señor, que nos promete una gloria sin par con él.

Tercera revelación

El llamado de Dios a la santidad y a la justicia práctica

La revelación del capítulo 1, destinada a alcanzar la conciencia del remanente, no es la única. Este pasaje contiene otra. ¡Quiera Dios que nosotros, al igual que el remanente, hayamos escuchado la primera! Llegaría un tiempo en que este remanente, que había sido llevado expresamente a Jerusalén para recibir al Mesías, se degeneraría y crucificaría al “Deseado de todas las naciones”, a su propio Mesías. La lámpara de Israel había sido quitada de su lugar y el pueblo mismo transportado “más allá de Babilonia” (Hechos 7:43). Así sucede con todo testimonio cuando se vuelve infiel. Dios no tiene necesidad de nosotros para su testimonio. Si lo despreciamos, él lo pone en otras manos. ¿Acaso no ha dicho de Israel:

Dará su viña a otros?



(Marcos 12:9).

La primera revelación habla del egoísmo, la segunda de la santidad.

Nosotros poseemos una santidad inalterable delante de Dios en Cristo, al igual que tenemos una justicia intangible, siendo hechos justicia de Dios en él. Somos llamados a poner en práctica esta justicia y esta santidad de posición aquí en la tierra. La santidad práctica consiste en la separación real de todo mal y la comunión viva con el bien, con Dios el Padre y el Hijo. Esta santidad le había faltado al remanente, y algunos años más tarde, les faltaría de una manera más lamentable todavía. Se contaminaron tomando por mujeres a las hijas de los cananeos (Esdras 9:2), violando el sábado y profanando el sacerdocio (Nehemías 13:15-22). El profeta interrogó sobre este asunto a los sacerdotes, diciéndoles: “Si alguno llevare carne santificada en la falda de su ropa, y con el vuelo de ella tocara pan, o vianda, o vino, o aceite, o cualquier otra comida ¿será santificada? Y respondieron los sacerdotes y dijeron: No” (cap. 2:12). El caso que les presentaba era el de un hombre a quien la carne santificada que llevaba en su ropa daba un carácter de santidad **exterior**. ¿Acaso el fruto de su trabajo (pan, aceite, vino, productos de la actividad del hombre natural) será santificado por tener contacto con lo que es realmente santo? De ninguna manera. Es necesario que el trabajo, para ser agradable a Dios, sea el fruto mismo de la santidad. Ninguna apariencia de santidad exterior, o vana confesión, hace que nuestro trabajo sea agradable a Dios. Eso es algo serio y digno de ser meditado en nuestros días, cuando los cristianos profesantes viven con la ilusión de que Dios reconoce sus «**obras caritativas**» como si fueran hechas para él.

El profeta añade: “Si un inmundo a causa de cuerpo muerto tocare alguna cosa de estas, ¿será inmunda? Y respondieron los sacerdotes, y dijeron: Inmunda será” (v. 13).

En Israel un cuerpo muerto era la figura más completa de la terrible consecuencia del pecado. Si la separación del mal, del pecado, no es una realidad para nosotros, ¿cómo podrá ser pura y agradable a Dios la obra de nuestras manos? Sobre la conciencia del remanente se trataba de grabar precisamente eso, que su obra era impura, lo que también es necesario grabar en la nuestra. Puede haber mucha actividad para moler el grano, para exprimir el zumo de la uva y el aceite de las olivas, para hacerlos útiles para nuestro provecho, ¿pero qué significa esto para Dios? El fruto del pecado. Delante de él solo permanece lo que es ofrecido de corazón, lo que se hace únicamente para él (como ejemplo el perfume de María, Juan 12:1-8). La obra de un creyente no debe ser llenar sus despensas, sino los graneros y las despensas de Dios. “Y respondió Hageo y dijo: Así es este pueblo y esta gente delante de mí, dice Jehová; y asimismo toda obra de sus manos; y todo lo que aquí ofrecen es inmundo” (v. 14).

Esto es lo que, en nuestros días, afecta nuestra obra de una **relativa** incapacidad. La Biblia dice: “Antes que sucediesen estas cosas, venían al montón de veinte efas, y había diez; venían al lagar para sacar cincuenta cántaros, y había veinte” (v. 16). Decimos «relativa» porque, si bien Dios está obligado a castigarnos, lo hace con moderación. Él es paciente, misericordioso, infinito en bondad. ¿Qué aporta hoy en día el trabajo de nuestras manos? Por medio de esta profecía hemos aprendido lo que debería aportar: materiales para la casa de Dios, almas no solamente salvas, sino añadidas a la Asamblea. ¿Ocurre así? ¡Desgraciadamente no! Los hijos de Dios se reúnen en debilidad. La luz es tan débil que no tiene el poder para atraer a los que habitan en tinieblas; pues, incluso aborreciéndola, serían como mariposas en la noche, obligados a venir y quemarse las alas y recibir así su propia condenación. Pero esta luz apenas logra penetrar, como un vago resplandor, a través de los cerrados párpados del alma, para despertarla.

Pero el castigo fue más lejos. “Os herí con viento solano, con tizoncillo y con granizo en toda obra de vuestras manos” (v. 17). Dios había ejercido el castigo sobre los mismos recursos de su trabajo. La puerta de la bendición estaba cerrada.

¿Se había al menos arrepentido el remanente? ¡“Mas no os convertisteis a mí, dice Jehová”! (v. 17).

Pero ahora “meditad, pues...” sobre lo que va a venir, os ruego, nos dice con insistencia la Palabra de Dios: “Desde este día en adelante, desde el día veinticuatro del noveno mes, desde el día que se echó el cimiento del templo de Jehová; meditad, pues, en vuestro corazón... Desde este día os bendeciré” (v. 18-19). Si en este día, al considerar y juzgar vuestros caminos os ponéis manos a la obra para construir esta casa que vuestro egoísmo y mundanalidad os han hecho abandonar después de haber puesto los fundamentos, ¡a partir de este día os bendeciré!

Hermanos, hagamos lo mismo; escuchemos este llamado. Podemos volver a encontrar la bendición. Un poco de fe, de abandono de nuestras comodidades e intereses, de separación del mundo, de corazones apegados a Cristo, llenos de celo por la edificación de la casa de Dios, ¡y al instante encontraremos la bendición perdida!

Cuarta revelación

El estímulo de Dios con la promesa de establecer las cosas incommovibles

He aquí, en una cuarta revelación, el estímulo dirigido al pobre remanente cuya conciencia se había despertado, y quien, de hecho, cuatro años más tarde terminaría la construcción de la casa de Dios. Este estímulo es una **promesa**. “Yo haré temblar los cielos y la tierra; y trastornaré el trono de los reinos, y destruiré la fuerza de los reinos de las naciones; trastornaré los carros y los que en ellos suben, y vendrán abajo los caballos y sus jinetes, cada cual por la espada de su hermano” (v. 21-22; comp. con cap. 2:6; Hebreos 12:26). Todo será trastornado, ¿y para qué? Para que las cosas “incommovibles” permanezcan (Hebreos 12:27). Estas cosas incommovibles son la introducción del Mesías en su templo glorioso (cap. 2). Pero aquí, ¡qué admiración nos embarga cuando entendemos que se trata de establecer y confirmar para siempre al débil Zorobabel! “En aquel día, dice Jehová de los ejércitos, te tomaré, oh Zorobabel hijo de Salatiel, siervo mío, dice Jehová, y te pondré como anillo de sellar; porque yo te escogí, dice Jehová de los ejércitos” (v. 23).

Sin duda, aquí Zorobabel es una figura de Cristo, en una débil medida, pero ante todo es el representante del remanente ante Dios, como Josué el sacerdote en el capítulo 3 de Zacarías. Todas estas cosas serán conmovidas, a fin de establecer este remanente para siempre. Ocurre lo mismo para con nosotros: “Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible” (Hebreos 12:28). Dios ya ha establecido al Señor a su diestra, y nosotros **en** él, y pronto nos establecerá sobre el trono **con** él.

“Y te pondré como anillo de sellar”. El débil Zorobabel, como la débil Asamblea de Cristo, será el sello de todos los caminos divinos. Tanto en él como en ella todos los ojos verán lo que Dios ha querido hacer y lo que ha hecho. “Como ahora, será dicho de Jacob y de Israel: ¡Lo que ha hecho Dios!” (Números 23:23). En ese tiempo, el Señor será

“**glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron**
“ (2 Tesalonicenses 1:10).

Es la recompensa por la fidelidad y abnegación a su servicio, pero hay mucho más todavía. Es necesario que la gracia de Dios triunfe al final, que se muestre superior a todas nuestras debilidades e infidelidades: “Porque **yo te escogí**, dice Jehová de los ejércitos” (v. 23). Es necesario que la gracia de la elección resplandezca ante todas las miradas. Ella es la única causa, la causa inicial y final de la bendición eterna de sus redimidos.

Fundados en Cristo, quien es nuestra esperanza, y sobre la seguridad de la salvación de Dios, apliquémonos, pues, en un continuo juicio de nosotros mismos, a llevar a cabo la obra de la casa de Dios, reuniendo a las almas alrededor de Cristo, único centro de reunión y de bendición.